



Biblioteca Virtual

A mi hermano Diego Fernando

Claudia Parra

No podría vivir sin comunicarme, sin poder expresar lo que pienso sobre los otros y sobre mí que hacer diario, pues de ser así lo consideraría inútil. No podría vivir sin expresar lo que siento cuando veo los árboles, el verde de la naturaleza, cuando siento el sol sobre mi piel, cuando observo al niño reír, a la madre llorar, cuando quiero expresar el amor que siento por ese alguien que me hace feliz. No, no podría. Comunicarse para mí, es ese “algo” que aún no logro definir, pero que sé, es realmente lo que te permite vivir. Vivir con autenticidad, vivir intentando ser feliz.

Soy un ser que cree en la comunicación, es a través de ella que le puedo contar a las personas quién soy yo. Lo hago por medio de mis gestos, mis miradas, mis movimientos, mis acciones, por medio de mi expresión oral y es por esto que he aceptado escribir estas líneas, pues siendo para mí vital este proceso, me lleva a reflexionar y analizar sobre las personas a las cuales se les dificulta de alguna manera.

He conocido personas que por alguna razón de la vida su expresión oral, está afectada y en consecuencia, una forma de interactuar es mediante “la lengua de señas” la cual es utilizada por una pequeña porción de la población; así mismo, hay quienes utilizan a sus familiares o personas cercanas que expresen públicamente lo que él ha dicho mediante un susurro, a caso solo perceptible para quién será su “traductor”; también conozco a quién no puede decir verbalmente lo que quiere comunicar en un momento dado y debe recurrir a la palabra escrita y correr con la suerte de que sus receptores estén ahí todavía, para cuando haya terminado de hacerlo.

Lo anterior muestra diferentes formas de comunicación que emplean las personas con una dificultad oral. Sabemos que hay comunicación cuando “se decodifica el significado del otro”, entonces quisiera referirme a ese “otro” que es el receptor de la persona que está intentado comunicarse de alguna manera, utilizando cualquier estrategia. Esta persona-el receptor- deberá tener la paciencia y la habilidad para poder comprender lo que se está expresando; pero me pregunto, acaso siempre es así?, desafortunadamente no lo es.

En la mayoría de los casos las personas no están acostumbradas a interactuar con alguien que tiene dificultades en la lengua oral, lo que conlleva a una percepción e interpretación inadecuada, hasta llegar a hacer una descalificación cognoscitiva y discriminaciones sociales en todos los campos, bien sea laboral, educativo, afectivo; pues un tono de voz bajo, acompañado con un problema de articulación o el no tener voz, lleva a la rotulación de ser una persona con déficit en capacidades mentales, sin serlo.

Todas estas situaciones son las que vive una persona con esta discapacidad, porque como lo he expresado, la dificultad no sólo radica en no poder transmitir inteligentemente el mensaje, sino, en el tipo de comprensión que se genera en quién lo recibe.

No es nada fácil la interacción de dos, en estas condiciones; pensemos en un padre que está educando a su hijo con dificultades en el lenguaje, cómo hará para poder transmitir los valores, como dialogará sobre la vida, el amor, el respeto, el apoyo, CÓMO? Cómo calmar la curiosidad sentida por saber que es ese algo por el que las personas vibran, se alegran, se entristecen, se enamoran, se recuerdan? En otras palabras, por saber que es la música? Cómo pasar el límite del lenguaje de señas, para explicarle qué es la honestidad? Cómo ilustrar qué es un tono de voz sensual que seduce?. A estas preguntas y muchas otras se ven enfrentados los padres de hijos con discapacidad auditiva, que en consecuencia afecta la lengua oral.

También los padres de niños con dificultad para expresarse de manera oral, diferente a los mencionados anteriormente, se ven en situaciones tales como: hacerle comprender por qué él habla diferente; por qué las personas y sus compañeros de barrio o de colegio no se acercan para dialogar con él; ¿cómo entender el por qué de su tristeza cuando quiere expresarla entre llanto y articulaciones defectuosas; ¿cómo comprender su enojo cuándo su emoción altera su pronunciación y la velocidad en la expresión; ¿cómo participar de la alegría que expresa en su rostro, gestos y manoteos cuándo requiere que se le entienda pronto, para compartir el entusiasmo?

¿Y qué decir del educador cuándo se encuentra con una situación de esta naturaleza? ¿Qué hacer con un alumno con estas condiciones? ¿Cómo involucrarlo en el proceso educativo? ¿Cómo desarrollar un ambiente académico, en el que la

enseñanza-aprendizaje, cumplan su objetivo? ¿Cómo optimizar su experiencia personal en la dinámica escolar? ¿Cómo hacer que él optimice la participación de otros? Y ¿Cómo hacer que los otros se enriquezcan con su participación?, ¿Qué hacer para cumplir semejante labor educativa con la responsabilidad social que implica? Infinitos cuestionamientos pueden formularse de cada una de estas situaciones.

Creo que una contribución a la solución, es recurrir a la sensibilidad que nos debe despertar el otro como ser humano, aprender a leer las expresiones, a entender de una vez por todo que la comunicación involucra todo lo que es un ser humano, su cuerpo, sus gestos, sus miradas, sus silencios. Cuando hayamos logrado vibrar “con” y “por” el “otro”, superaremos una barrera enorme que no nos permitía interactuar, ni reconocer al individuo valioso que tenemos al frente, que sólo necesita que establecer una comunicación para que brote todo su ser y así apelar a los medios físicos, escritos o tecnológicos, para no dejar sumido a este ser en el silencio impuesto, pues es una fuente inagotable de reflexiones y análisis, producto de observaciones y vivencias que tiene a diario.

Este proceso será mucho más precioso, sí además de la interacción que se establezca se tiene en cuenta un aspecto más personal, la palabra. Aunque puede ser (en la discapacidad que lo permite) desarticulada y poco coherente, lleva el toque de individualidad que lo implica, un tono de voz propio que denotará calma, alegría, tristeza, ira, agrado, enfado, motivación y algunas otras emociones que en el momento no tengo presentes, pero que muy seguramente están enmarcadas en un momento específico y como tal, es pertinente y necesaria la inmediatez, lo que probablemente no se tiene en cuenta, ni se garantiza en situaciones como las que mencioné en párrafos anteriores.

Ese matiz personal con que se presenta la expresión oral se puede entorpecer cuando se está supeditado a que “ese otro” el intérprete, exprese de manera tergiversada las emociones y el discurso del sujeto emisor para quien el intérprete ha servido como mediador en el proceso de comunicación. De ahí una vez más, el énfasis por la percepción integral de la persona.

En mi condición de persona con discapacidad física y formada en el ámbito de la Psicología, he analizado la situación de la persona que no puede verbalizar el mundo que ha construido, la vida que vive, la que quisiera vivir, la que anhela contar. Sé, que todas las personas en algún momento de su vida han querido o necesitado hablar con alguien en “privado” sobre “algo personal”, sin ningún tipo de mediador. Igualmente, todos hemos deseado expresar con nuestras propias palabras, con nuestro propio tono, con la distancia temporal que deseemos, la emoción intensa sobre un suceso.

Esto no es fácil para quién presenta esta discapacidad, pues su vida interior estará invadida por la interpretación de un “otro” que la comenta o quedará enclaustrada y desaprovechada en un individuo que no se ha podido comunicar, sometiéndose a lo que he llamado la “Violencia del silencio”.

Como terapeuta clínica, cuestiono la violación a la privacidad a la que se ve expuesta una persona que tiene dificultades de comunicación en una terapia, necesitando seguramente y pidiendo a gritos silenciosos poder comunicarse con alguien sobre lo que le sucede, con la esperanza de que se le oriente de manera adecuada; aspecto difícil de garantizar en su totalidad, en una situación en donde se ha utilizado un mediador, el cual expresará el mensaje según su interpretación y con base en ésto el terapeuta intervendrá.

Así mismo, se perderá parte del ambiente que se desarrolla en una relación de Psicólogo-Consultante, en el que la persona va a expresar todo lo que piensa, todo lo que siente, a contar todo lo que hace; en el que se llora porque se desea llorar, se grita porque se siente frustración, indignación sobre un hecho; en el que la primera garantía que se da es la “confidencialidad” establecida entre dos personas, en la cual se asegura el no juzgamiento sobre las acciones de la persona, en donde se va a llevar a cabo “toda la expresión de un mundo interior y privado”, el cual sólo se dará ante un Psicólogo por las características de su profesión y en donde un tercero no tiene cabida.

Siento por todo lo anteriormente expuesto, la necesidad de hacer un llamado especialmente a los educadores y profesionales de la salud, en primera instancia a reflexionar sobre este tema y a capacitarnos en el campo de la comunicación, para responder a una necesidad por todos sentida con esta población, ya que debemos estar presentes para ser gestores de cambios sociales, participando en el desarrollo del valor y tolerancia a la diversidad.

ABA Colombia
Asociación Colombiana para el Avance de las Ciencias del Comportamiento
web@abacolombia.org.co

Este artículo proviene de: www.abacolombia.org.co
Todos los derechos reservados ©2003